

HANOI

Lo que más impresiona de Hanoi no es lo que dicen las guías de turismo. Y no es que ver el cuerpo embalsamado de Ho Chi Minh en un mausoleo, que tiene la misma grandiosidad austera y sacra que la de Mao Tsetung, deje de ser una experiencia imborrable. También son interesantes los museos, especialmente el de Bellas Artes donde se exponen obras de artistas comparables a los mejores de Occidente. La Maison Centrale está desde hace poco abierta al público, esa cárcel construida por los franceses fue bautizada con el nombre de “Hanoi Hilton” por los prisioneros americanos. Uno de sus “huéspedes” fue el actual embajador de Estados Unidos en Vietnam, allí estuvo preso seis años; al momento de escribir estas líneas ya debe haberse casado con su prometida: una guapa vietnamita. El puente Long Bien de casi dos kilómetros sobre el río Rojo no parece haber sido destruido siete veces por los bombardeos estadounidenses y siete veces vuelto a construir por los vietnamitas. Todo esto y otras cosas más, como el Templo a la Literatura, el Teatro Municipal, la casa de Ho Chi Minh, tienen mucho interés e historia que conmueve. Pero lo que más impresiona de Hanoi no es eso, lo que sorprende por lo inexplicable es el trasiego de sus gentes. Al entrar a la ciudad quedamos sorprendidos. Chin, la guía, nos dijo que el tráfico se debía a la salida del trabajo. No era salida, pensé, era huida. Comenzaba a atardecer. En lugar de descansar en el hotel, como estaba planeado por la agencia de viajes, salimos a caminar. Tenía que seguir la salida del trabajo, supuse al ver que la calle estaba llena, lo que se dice llena, de gente en bicicleta, en motocicletas de poca cilindrada, triciclos-taxis, mujeres cargando sus pértigas de la que colgaban pesadas canastas. Uno que otro auto se abría paso con prudencia. Un descubrimiento fue notar que no había autobuses. No se conocía el transporte colectivo para las personas, ni la rueda para las mercaderías.

Lo dicho no refleja con justicia la congestión. Veamos: era como si un inmenso ferry acodase en el muelle y abriera las rampas para dejar salir de golpe a los impacientes viajeros. La densidad de tráfico es comparable a la procesión del Señor de los Milagros en Lima, o la de la

Virgen del Rocío en España, o el recibimiento del año nuevo en Times Square. Bueno, el gentío era parte de nuestro asombro pero lo que sorprendió más, lo que nos dejó atónitos, fue ver que ese gigantesco tumulto se encontraba en las esquinas con otro del mismo volumen y densidad que se le cruzaba, y que ambos océanos de gente y vehículos se atravesaban sin apenas reducir la civilizada velocidad que llevaban. Para completar el milagro circulatorio, los peatones cruzaban este enjambre con parsimonia, sin sobresaltos ni angustias. El prodigio era realizado por el hecho de que los cruces no provocaban en la gente ningún grito de advertencia o de enojo, todos se comportaban tan calmadamente y con tanta habilidad que misteriosamente se hacían paso sin muestra de enfado ni agradecimiento.

Caminar por las aceras de Hanoi era prácticamente imposible, estaban ocupadas por talleres de toda clase de oficios, desde zapateros remendones hasta mecánicos, carpinteros, forjadores de rejas, marmolistas de lápidas, costureros, a los que se unían señoras que preparaban y vendían comida, peluqueros, vendedores de fruta, de refrescos, en fin, venta de todo. Los pocos espacios que podrían quedar libres eran ocupados por estacionamiento de motocicletas y bicicletas.

La invasión de las aceras hizo que tuviésemos que caminar por la calzada y encomendar nuestra alma. Dándonos mutuas y constantes advertencias caminamos algo más de una hora, claro sin cruzar ninguna avenida y con mucha precaución cuando pasábamos por calles secundarias. Poco a poco fuimos confiando en la circulación y sospechamos que habría alguna clave, señal, o código que no descubríamos todavía.

La tarea de regresar al hotel se puso peliaguda, la circulación había aumentado, ahora también era imposible cruzar las calles secundarias. Imposible para nosotros, claro está, porque todos las atravesaban, incluidos ancianos y niños. Decidimos que lo más prudente y a la vez exótico sería alquilar un "ciclo", como llaman a los triciclos-taxis. Habíamos visto muchos, algunos con toda una familia, otros con pasajeros y bultos. El que paramos era igual a los otros, pero no cabíamos los dos en él. Riéndonos de nuestros volúmenes, que pasan

inadvertidos en Europa, tomamos dos “ciclos”. Nuestra comunicación fue por señas y funcionó alrededor de la palabra dólar. No pedimos rebaja, era tan poco que avergonzaba negociar una rebaja. Los primeros minutos tuve la sensación de estar en esos juegos de choques de autos en los parques de atracciones, sólo que no sentí ningún golpe, a veces cerré los ojos al ver que a décimas de milímetros sorteábamos una anciana u otro “ciclo”, o una motoneta que sin lugar a dudas, respetando las leyes de la física, movimiento e inercia, iba a encajarse en mis vísceras. Y es que los “ciclos” de Vietnam dan más emoción que los de otro país asiático. El pedalista va atrás de los pasajeros y no adelante, eso nos permitía, o más bien exponía, a sentir hasta el aliento de los pasajeros de los vehículos que se cruzaban. Después de algunos minutos vimos que seguíamos vivos y eso nos dio la valentía y arrojo suficiente para decirles a los “ciclos” que antes de ir al hotel nos diesen una vuelta por el centro. Eso sí pudo haber sido una emoción violenta a no ser por las risas y cantos de nuestros conductores que, felices por haber conseguido turistas, no compartían nuestras vivencias.

La explicación de la guía sobre la congestión de la mañana siguiente fue que era la hora de entrada al colegio. A media mañana dijo que era la hora del mercado. Más tarde fue la hora de la comida, la salida del colegio, del trabajo. Había explicaciones para cada hora del día. También podría haber dicho la salida del estadio, repartición de regalos, concurrencia a una manifestación patriótica, el festejo de un campeonato de fútbol. Hanoi está congestionado todo el día y sin embargo nunca vimos un gesto de molestia ni intolerancia, más bien de solidaridad y comprensión. Una enseñanza para los impacientes occidentales.

Herbert Morote. Enero 1998